

## RESEÑA DEL LIBRO

### **El trabajo humano, principio de vida**

ALFONSO ALCAIDE MAESTRE (ed.)  
Madrid. Editorial EDICE 2007



Para la Iglesia, “El hombre es por naturaleza y por vocación un ser religioso. Viniendo de Dios y yendo hacia Dios, el hombre no vive una vida plenamente humana si no vive libremente su vínculo con Dios”. (Catecismo de la Iglesia Católica, 44). A cómo vivir y construir esta identidad profunda le llamamos Proyecto de Humanización y constituye el entramado central de este libro.

Para construir el Proyecto de Humanización el hombre utiliza tres fuerzas contenidas en su propia naturaleza: la fuerza de las necesidades; la fuerza de su actividad, su hacer; y el Impulso Vital.

Las necesidades no son carencias, son fuerzas que posibilitan la humanización o deshumanización del hombre. Clasificadas como necesidades materiales, culturales y espirituales se constata que nuestra sociedad potencia especialmente las necesidades materiales consideradas como carencias, pues ello le permite configurar el prototipo de consumidor. Las necesidades culturales y espirituales, consideradas como fuerzas humanizadoras, carecen de importancia porque no son objeto del mercado. Pero esto implica que la naturaleza humana ha sido mutilada, se potencia una dimensión, las necesidades materiales, y se atrofian las que son más importantes.

La reflexión sobre el hacer, pone de manifiesto la relación que existe con las necesidades. A cada necesidad corresponde una actividad, y es esta relación la que posibilita el proceso de humanización. Igual que cuando no se utiliza un miembro acaba atrofiándose, de la misma manera se atrofian todas aquellas capacidades que no se ejercitan porque corresponden a necesidades que han sido excluidas. El hacer humano tiene varias dimensiones: el “*trabajo*”, actividad relacionada con la producción; la “*obra*”, actividad relacionada con la vocación; la “*acción*”, actividad relacionada con lo político social; y la “*contemplación*”, actividad relacionada con la evaluación de la propia existencia. Pues bien, de todas ellas se ha sobredimensionado el trabajo y se han atrofiado progresivamente las restantes.

Nos encontramos así con el hombre productor consumidor como resultante de este proceso. Pero un productor que ha visto “adelgazada” su capacidad para el trabajo mediante la sustitución de las capacidades que ha venido utilizando para ello: se ha sustituido la fuerza humana por energía; se ha sustituido la habilidad humana por los automatismos y la robotización; y se ha sustituido la inteligencia humana por la

informática. Lo que nos queda es un trabajador reducido a ser puro instrumento, víctima de la flexibilidad y la precariedad porque puede ser fácilmente sustituido.

La normalización social de este modelo de realización humana, profundamente deshumanizado, se consigue dotando de sentido a la tercera fuerza, el Impulso Vital. El Impulso Vital consiste en una triple necesidad de carácter psicológico que toda persona debe satisfacer: necesidad de seguridad, necesidad de reconocimiento y valoración social, y necesidad de gozo y disfrute. El poseer, el poder y el consumo instintivo son las tres repuestas que la sociedad de consumo ofrece. De tal manera que el hombre actual soporta un trabajo deshumanizado porque espera encontrar en el consumo la satisfacción que antes le proporcionaba la ética del trabajo.

Siendo así, el problema actual del mundo del trabajo no puede definirse sólo en términos de justicia social, se plantea en términos de realización humana, de poder vivir humanamente. Lo que la configuración actual del trabajo niega, a obreros y trabajadores, peones y licenciados, es la posibilidad misma de ser: ser persona, ser familia, ser hijo, padre, madre, abuelo.

No se quiere decir que la "cuestión obrera" haya desaparecido, más bien se ha transformado. El sistema productivo se ha convertido en sistema cultural y en modelo de organización social, que genera unas condiciones de trabajo deplorables, con horarios infames, salarios de miseria y dignidad pisoteada. Pero también produce: el asalto al tiempo de vida: personal, familiar y político; la educación del deseo para orientarlo hacia una felicidad imposible basada en el consumo permanente de nuevos productos que generan nuevas insatisfacciones; la generación de un sistema de valores que confunde libertad con eliminación de toda barrera ética y moral. Todo ello constituye un modelo de realización humana -la antropología "3G": ganar, gastar y gozar- radicalmente contrario al Plan de Dios sobre el hombre y sobre el mundo, en el que Dios y la Iglesia aparecen más como un estorbo que como la posibilidad de realización y felicidad a la que todo ser humano aspira.

Esto plantea un reto formidable a todos los humanismos, y no sólo a la Iglesia, porque lo que está en juego es la posibilidad misma de ser hombre. Por ello, consideramos a esta reflexión como una propuesta de diálogo a todos, creyentes y no creyentes, para encontrar el camino de humanización que necesitamos.

Departamento de Pastoral Obrera  
Comisión Episcopal de Apostolado Seglar  
CEE